

EL COMPOSITOR

José Manuel Pagán

EXCELLENCE
by *Angela Fortune*
(Illustrator)

José Manuel
Pagán

**El
compositor**

Primera edición: enero de 2024
© Copyright de la obra: José Manuel Pagán
© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions
Código ISBN: 978-84-127417-2-8
Código ISBN digital: 978-84-127417-3-5
Depósito legal: B 19969-2023
Corrección: Juan Carlos Martín
Diseño y maquetación: Cristina Lamata
Ilustración portada: “Pálpito” acuarela de José Manuel
Pagán Autora fotografía contraportada: Maya Pagán
Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez
©Angels Fortune Editions
www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

«Las personas que no creen en los milagros me parecen muy poco realistas».

Apeles Fenosa. Escultor

Prólogo

13 de diciembre de 1921. Los Ángeles (California).

Once y media de la noche. Un hombre joven, delgado, elegantemente vestido con un traje cruzado gris, sale de una nave de la zona industrial de Los Ángeles. Se ha desplazado hasta allí en un bonito automóvil que ha adquirido hace apenas unos meses, un Cadillac con motor 16v de color azul oscuro.

Se dirige hacia su coche aparcado delante de la nave, cuando, en un callejón adyacente, escucha unos gritos, golpes y el llanto de una mujer. Se asoma al callejón mal iluminado y, entre la penumbra y los cubos de basura, logra distinguir dos siluetas que se agitan entre las sombras. En un momento toma conciencia de la situación: un hombre corpulento está pegando salvajemente a una mujer que llora y se arrastra por el suelo tratando de protegerse de los golpes.

Sin pensarlo, da un grito que queda resonando entre las estrechas paredes.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

El hombre se vuelve con un brusco movimiento y se queda unos segundos tratando de evaluar qué es lo que pretende aquel alfeñique que le mira inmóvil desde la entrada del callejón. Finalmente, su cara se pone roja de ira.

—¿Y a ti qué coño te importa, pedazo de mierda? Más vale que te pires ya mismo, si no quieres que te arranque la cabeza a mordiscos. Cabrón.

El joven, con toda la calma que puede y con voz firme, le dice:

—Deja en paz a esa mujer y aléjate de su lado.

La chica está tendida en el suelo y mira a uno y a otro sin saber qué hacer.

—¿Qué la deje? ¿Y quién coño eres tú para darme órdenes?

—Soy la persona que va a impedir que sigas golpeando a esa mujer.

Casi sin acabar la frase, en un movimiento vertiginoso, el joven atraviesa la distancia que le separa del hombre y le sacude un puñetazo en la cara que le tira de espaldas. El sujeto trata de incorporarse, pero un segundo golpe en la mandíbula le deja tumbado sobre los adoquines. La fuerza de este último puñetazo ha sido tremenda, el joven tiene la mano dolorida. Mueve al agresor con un pie y comprueba que está inconsciente. Va hacia la chica y le ayuda a levantarse del suelo. Ella está descompuesta, tiene los ojos rojos y el rostro presenta unas tremendas señales de los golpes. La ceja derecha está partida y está sangrando por la nariz. El joven saca su pañuelo y empieza a enjuagarle la sangre. Entonces, todo ocurre en un segundo...

El hombre, desde el suelo, saca una pistola y dispara por detrás. La bala se incrusta en la cabeza del joven y todo su cuerpo se afloja. La chica le sujeta intentando evitar que caiga, pero se le escapa y el muchacho se derrumba contra el suelo. La sangre empieza a brotar de la cabeza.

El hombre se levanta de un salto y hace un gesto de amenaza a la mujer:

—¡Ya nos veremos! ¡Putá!

Después sale corriendo del callejón y se pierde en la noche.

La chica no sabe qué hacer. Llorando, intenta tapar con el pañuelo del joven la hemorragia, que lentamente va empapando los adoquines, y mira su rostro. Los ojos están cerrados y las comisuras de los labios empiezan a dibujar el pálido beso de la muerte.

Con todas las fuerzas que le quedan, le arrastra unos treinta metros hasta la entrada del callejón, lo deja atravesado sobre la acera y sale corriendo.

Primera parte

LA SEMILLA

Capítulo 1

La tarde de otoño se va diluyendo en silencio. Miro por la ventana y las gotas de lluvia que se deslizan por el cristal crean un paisaje tembloroso y difuso. Colores apagados y sombras; humo y ceniza.

Tomo un sorbo de mi café y siento que ahora es el momento de contaros una historia. Una historia extraña y hermosa. Una historia real, tan real como la magia que envuelve el mundo y penetra en nuestras vidas como un aliento.

Que ¿quién soy?... Sí, perdón, no me he presentado. Podría decir que soy el narrador, pero prefiero que me conozcáis por mi seudónimo: «El navegante». Me gusta navegar entre las letras si están bien ordenadas. Me embriaga el olor a tinta y adoro los puntos y las comas cuando están en su sitio, y a veces no es fácil encontrarlos. Navegar a través del papel tiene su dificultad. No hay vela, porque aquí no existe el viento, pero tu corazón es el timón que te conduce a través del laberinto de palabras que son conceptos, conceptos que se hacen pensamientos y pensamientos que se convierten en emociones que no te dejan salida.

La historia que quiero contaros se desarrolla en Norteamérica, en la ciudad de Los Ángeles, California, hacia 1920, pero en realidad comienza muchísimo antes. Siento que necesito el calor de la chimenea y un estado de ánimo especial para revelaros con la mayor honestidad posible la apasionante vida de Trevor

Keelan, un compositor de éxito en la era dorada de Hollywood. Trevor ha escrito las bandas sonoras de más de veinte películas, vive en una bonita casa con jardín y piscina en Los Ángeles y ha trabajado con los más grandes directores de la época. Pero hay algo que le hace diferente de otras personas: Trevor posee un don muy especial.

Pero empecemos desde el principio.

Ciudad de Cardiff, Gales. Gran Bretaña. 1851.

El abuelo de Trevor trabaja en las minas de carbón de los valles que rodean la ciudad. Se llama Olwen Keelan y con sólo treinta y un años ya es el capataz que organiza las extracciones, crea los turnos y resuelve los problemas a los que se enfrentan los mineros. El trabajo de la mina es difícil y peligroso. Hay que sacar al exterior cientos de toneladas de carbón, que se empleará básicamente para la producción de hierro. Olwen posee una mente ágil y es una persona especialmente habilidosa. Ha diseñado una serie de vagonetas de carga, que funcionan sobre raíles y que facilitan de manera considerable el transporte del material. Su curiosidad le lleva a interesarse con pasión por los nuevos inventos que están asombrando al mundo: la fotografía de Niepce, la máquina de coser de Howe y sobre todo la locomotora de vapor, inventada por Thevithick y perfeccionada por George Stephenson. Los trenes son la pasión de Olwen.

A principios de 1842, las barcazas tiradas por caballos que remontan el camino de sirga de los canales transportando carbón hasta el puerto de Cardiff, son reemplazadas por el primer tren de la Taff Vale Railway

Company. Aquel mismo día Olwen decide que quiere trabajar en el ferrocarril.

El seis de marzo de 1855, Olwen Keelan se presenta en las oficinas de la Taff Railway en Cardiff. Tiene treinta y cinco años, una esposa, Rhianna, y dos hijos: Guinerve, una niña de cinco años, y Dewitt, de uno, que será el padre de Trevor, nuestro protagonista.

Ha estudiado a fondo el mecanismo del ferrocarril y se sabe de memoria el funcionamiento de una locomotora, gracias a su amistad con uno de los ingenieros de la mina que, como él, es un ferviente admirador del nuevo invento. Su intención es convertirse en maquinista. Hace varias semanas que ha solicitado una entrevista por carta con el jefe de personal de la Taff, el señor John Craig. Hoy le han citado a las diez en punto.

—Buenos días, Mr. Craig.

—Buenos días. Keelan, ¿no?

—Sí, señor.

El hombrecillo calvo perpetrado tras su enorme mesa de despacho le mira inquisitivamente por encima de sus gafas redondas. Luego se levanta un momento para darle la mano y le señala una silla al otro lado de su trinchera.

—Así que ha solicitado el empleo de conductor de locomotoras, Sr. Keelan, ¿no es así?

—Así es, Mr. Craig, y creo que puedo hacerlo muy bien.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque tengo experiencia en maquinaria de tracción; en la mina las usamos y yo soy el encargado y el responsable, pero es que además me interesan mucho los trenes y he estudiado a fondo su funcionamiento.

—¿Ah sí? —Craig se echa hacia atrás recostándose en su sillón—. ¿Conoce las partes principales de una locomotora de vapor?

—Pues sí, efectivamente. Le podría mencionar el tender, la cabina, la barra de inversión, el generador, el compresor, la caja de humos, el tubo de vapor, la caldera, el fogón, los pistones, la válvula de admisión, la caja del buje...

—De acuerdo, de acuerdo —le interrumpe Craig—, ya veo que lo conoce. De todas formas, si le aceptamos, tendrá que hacer un curso intensivo teórico y práctico para poder llevar a cabo su tarea. Como comprenderá conducir un tren es una responsabilidad enorme y un manejo difícil, en el que hay que tomar muchas decisiones.

—Estoy acostumbrado a tomar decisiones, Mr. Craig, y en ellas está en juego la vida de mis hombres en la mina.

—Ya veo.

Craig le hace algunas preguntas sobre su vida personal y si ha tenido alguna enfermedad. Le explica que antes de nada tendrá que pasar una exhaustiva revisión médica para comprobar su vista, oído y resistencia. También le advierte de que los horarios son largos y duros y que el trabajo exige mantener una concentración constante. Finalmente, se levanta de nuevo para darle la mano.

—Bueno, Keelan, esto es todo de momento. Recibirá una carta de la compañía si necesitamos sus servicios.

—Gracias Mr. Craig, si me admite no se arrepentirá.

—Adiós, Keelan.

Olwen cierra la puerta del despacho con cuidado y deja escapar un suspiro. Sus ojos brillan.

Al cabo de dos semanas recibe una carta con el sello de la Taff, comunicándole que se presente a principios del mes siguiente para empezar el curso de conductor de locomotoras. Estará a prueba tres meses. Si supera todas las fases formará parte de la plantilla.

1 de abril de 1855.

Olwen está ya a primera hora en la estación central de Cardiff donde la Taff tiene el centro logístico. Se hospedarán en un barracón construido expresamente para el personal de la compañía. Unas quince personas están citadas en una sala rectangular con varias pizarras para empezar el curso de teoría del ferrocarril.

Durante un mes, varios especialistas les explican hasta el último detalle, todas y cada una de las partes y el funcionamiento de locomotoras, vagones, raíles, combustibles, señales de tránsito, mapas, estaciones, etc.

Finalmente, cuando el 12 de mayo Olwen se sube por primera vez a una locomotora y se pone al mando de aquella máquina imposible, sabe que tiene ante sí lo que siempre ha soñado. Le embarga la felicidad de conducir aquel organismo metálico que chirría caliente y tambaleante sobre unos raíles plateados que brillan con el sol. Siente su corazón latir con la fuerza de aquella poderosa locomotora y sus ojos, empañados por la emoción, descubren paisajes, nubes, montañas y bosques, desde una perspectiva que nunca había imaginado.

Al cabo de dos semanas de hacer de maquinista, toda la familia de Olwen se coloca cerca de las vías en la larga recta de Lenton Valley para verle pasar. Ven como se aproxima un oscuro punto humeante, tan lejos que su vista apenas puede percibir lo que es. Después ruido, temblor y un enorme animal chirriante que se acerca a ellos a una velocidad increíble: dieciséis kilómetros por hora. Cuando el tren casi está llegando a su altura, los asombrados ojos de su mujer, Rhianna, están llenos de lágrimas. Sostiene en brazos al pequeño Dewitt, que, a punto de cumplir dos años, mira extasiado y temeroso aquel extraño monstruo que se aproxima. Ve como su madre y su hermana agitan unos pañuelos blancos, mientras gritan a todo pulmón el nombre de su padre.

Cuando la locomotora está a punto de pasar a su lado, ven a Olwen riendo a carcajadas y sacando medio cuerpo fuera de la cabina. Agita una mano saludándoles, mientras con la otra hace sonar el silbato repetidamente. El veterano maquinista que va a su lado sonrío y le da a su alumno una cariñosa palmada en el hombro.

Aquel momento mágico quedará grabado para siempre en la memoria familiar, como una chispa de pura felicidad en la historia de los Keelan.

Junio de 1867, seis de la tarde.

Dewitt, el hijo de Olwen, ya ha cumplido trece años y está acabando de pintar cuidadosamente el pequeño vagón del tren que ha construido con su padre. Los vagones son de madera, pero la locomotora es metálica. Ambos han empleado casi un año en crear una gran maqueta en el sótano de la casa. Cuatro mesas sostienen

un enorme tablero de cuatro por seis metros, sobre el cual se pueden observar verdes colinas, árboles, un túnel, dos estaciones y un circuito de vías que se entrecruzan y brillan a la luz de las lámparas de gas carbón que han colocado estratégicamente para iluminar todo el recorrido.

Dewitt ha heredado de su padre la pasión por los trenes. Aquella luminosa mañana en la que le vio conduciendo la locomotora «Queen» en la gran recta de Lenton Valley ha quedado grabada en su memoria para siempre como un maravilloso sueño. Él también quiere ser, algún día, maquinista de ferrocarril.

El pequeño tren en miniatura encabezado por una máquina que lleva pintado el nombre de su madre está parado en la estación principal. La maqueta es de un realismo sorprendente, las vías suben y bajan colinas, cruzan puentes e incluso atraviesan una montaña mediante un magnífico túnel. Además, cualquiera que mirase aquel pequeño milagro quedaría asombrado, ya que ese delicioso tren en miniatura es capaz de moverse por sí mismo. Un ingenioso y casi invisible sistema de poleas, con finísimos hilos, ideado por su padre, da vida al mecanismo, consiguiendo crear el efecto de movimiento autónomo del pequeño convoy.

Dewitt ha terminado de pintar el vagón y lo coloca en su sitio ajustando los enganches con precisión.

En aquel momento, Rhianna baja las escaleras del sótano con una bandeja en la mano.

—Hola madre, justo llegas a tiempo; por fin está acabado. Mira qué bien funciona.

Dewitt se dirige hacia el mecanismo de poleas montado al fondo de una de las mesas, camuflado con una montaña, y hace girar la rueda principal. Primero

muy despacio y a medida que el tren sale de la estación va aumentando la velocidad. El convoy recorre alegremente su pequeño mundo, mientras Dewitt le sigue con la mirada y con su voz imita el sonido del silbato. La sonrisa que ilumina su rostro es el reflejo de la fascinación que siente por lo que ha conseguido.

Su madre se acerca y le abraza por detrás. Ambos miran deslumbrados como aquel juguete de alta precisión recorre prados, túneles y puentes, hasta que aminora su marcha y se detiene en la estación principal. El niño mira triunfante a su madre con ojos brillantes y una enorme sonrisa.

—Es precioso, Dewitt —dice su madre—. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—¿Verdad que sí?

—Te lo prometo. Nunca había visto nada igual.

—Tengo ya tantas ganas de que llegue el sábado... Creo que la inauguración dejará a todos impresionados. Me ha dicho padre que vendrá el ingeniero y varias personas de la mina, y del ferrocarril también viene su antiguo profesor, el que le enseñó a conducir el tren, con varios compañeros más.

—Sí, lo sé cariño. Ya lo tengo todo preparado. Será un día maravilloso. Anda, tómate el té con estas galletas que acabo de hacer. Tu hermana ya ha merendado. Te dejo estar diez minutos más. Luego subes y acabas tus deberes.

—No te preocupes, enseguida voy. ¡Ummm, están buenísimas!

Su madre sonrío, le da un beso y sube las escaleras que conducen al piso superior.

Dewitt mira aquella obra hermosa y meticulosamente elaborada y se siente feliz. A sus trece

años le invade la íntima satisfacción de un trabajo hecho con cariño, desde el corazón y se da cuenta por primera vez en su corta vida de que la felicidad está en esas pequeñas cosas que te emocionan y te hacen sentirte bien en tu interior. Se promete a sí mismo que nunca se dedicará a algo en lo que no pueda tener esa embriagadora sensación.

Mira con cariño por última vez su pequeño universo, coloca los suaves paños que lo protegen, apaga las lámparas y con la bandeja en la mano sube despacio las escaleras con un sentimiento difícil de explicar. Hoy ha sido un gran día.

Acercas del autor



Después del éxito de su primera novela, *El peso del vacío*, José Manuel Pagán Santamaría (1949, Lausana, Suiza) regresa al mundo literario con su nueva novela *El compositor*.

Sonoterapeuta, compositor, pintor y escritor, es autor de numerosas bandas sonoras para cine, series de TV y teatro musical, por las que ha sido galardonado con diversos premios, como: “Mejor Banda Sonora” en el Festival de Cine de Málaga por “La isla del holandés”, nominado al Goya por el musical “Tic-tac” o Premio Gaudí por la música de “Pa Negre”, de Agustí Villaronga.

Sus historias, siempre unidas a la música, son pura melodía.